**LA MUJER LOBA Frederick Marryat I. (extracto)**

Antes del mediodía Philip y Krantz habían embarcado, haciéndose a la vela en la piragua. No tuvieron dificultades en mantener el curso, pues las islas durante el día y las claras estrellas por la noche eran su brújula. Cierto que no siguieron la ruta más directa, pero si la más segura, aprovechando las aguas calmadas y más bien ganando terreno hacia el norte que hacia el oeste.

En muchas ocasiones los persiguieron los praos malayos que infestaban las islas, pero hallaron seguridad en la rapidez de su breve embarcación; a decir verdad, y hablando de lo que ocurría en general, los piratas abandonaban la caza en cuanto notaban la pequeñez del velero, pues suponían obtener de él muy poco o ningún botín. Una mañana, mientras navegaban entre las islas con menos viento del acostumbrado, Philip observó:

—Krantz, dijiste que en tu vida, o en relación con ella, hubo sucesos que corroboran el misterioso relato que te confié. ¿No me dirás a qué te referías?

—Desde luego que sí —respondió Krantz—. A menudo pensé hacerlo, pero una u otra circunstancia me lo ha impedido hasta ahora. Sin embargo, ésta es una buena oportunidad. Por tanto, prepárate a escuchar una historia extraña, quizás tan extraña como la tuya. Doy por hecho —agregó Krantz— que has oído hablar de las montañas Hartz.

—Nunca oí hablar de ellas, que recuerde —respondió Philip— pero sí leí sobre ellas en algún libro, y de las extrañas cosas allí ocurridas.

—En verdad que es una región salvaje —comentó Krantz—, y se cuentan de ella muchos casos extraños; pero por extraños que sean, tengo buenas razones para suponerlos ciertos.

Mi padre no nació en las montañas Hartz, ni fue en un principio habitante de ellas; era siervo de un noble húngaro que tenía grandes posesiones en Transilvania; ahora bien, aunque siervo, de ninguna manera era mi padre un hombre pobre o analfabeta. Por el contrario, tenía riquezas, siendo tales su inteligencia y su respetabilidad, que el amo lo había elevado al cargo de administrador. Pero quien siervo nace siervo permanece, aunque acumule riquezas: ésa era la condición de mi padre. Llevaba casado unos cinco años, y de aquel matrimonio nacieron tres hijos, mi hermano mayor César, yo mismo (Herman) y una hermana llamada Marcela. Como bien sabes, Philip, el latín sigue siendo la lengua que se habla en aquel país, lo que explica la sonoridad de nuestros nombres. Era mi madre una mujer muy bella, por desgracia más bella que virtuosa. Viola y admiróla el señor de aquellas tierras, quienenvió a mi padre en alguna misión. Durante su ausencia mi madre, halagada por las atenciones y conquistada por la asiduidad del noble, cedió a los deseos de éste. Sucedió que mi padre volvió antes de lo esperado y descubrió la intriga. No había dudas del vergonzoso acto de mi madre ¡pues la sorprendió en compañía de su seductor! Llevado por la impetuosidad de sus sentimientos, mi padre esperó la oportunidad de un nuevo encuentro entre aquéllos, y asesinó a la esposa y al amante. Consciente de que, como siervo, ni siquiera la ofensa recibida iba a servirle para justificar su conducta, con toda rapidez reunió cuánto dinero pudo y, por encontrarnos entonces en lo más duro del invierno, ató sus caballos al trineo, tomó a sus hijos y partió mediada la noche; se encontraba muy lejos cuando se supo del trágico suceso. Seguro de que lo perseguirían y de que ninguna oportunidad tendría de escapar, ni de permanecer en alguna parte de su país nativo (donde podían echarle mano las autoridades), mantuvo su huída sin descanso ninguno hasta enterrarse en los vericuetos y el aislamiento de las montañas Hartz. Desde luego, todo lo que te he dicho lo supe después. Mis recuerdos más antiguos están unidos a una cabaña tosca, pero cómoda, donde viví con mi padre y mis hermanos. Estaba en los confines de uno de esos vastos bosques que cubren la parte norte de Alemania; tenía alrededor unos cuantos acres de terreno despejado que mi padre cultivaba durante los meses de verano y que, si bien daban una cosecha magra, bastaban para nuestro mantenimiento. En el invierno pasábamos mucho del tiempo puertas adentro, pues quedábamos solos mientras mi padre iba de caza, y en esa estación los lobos merodeaban sin cesar…